

LOS ABORÍGENES DEL JAPÓN

En las montañas y lugares más escondidos de la isla de Yeso, la más septentrional del Japón, habitan todavía algunos grupos de Ainus, raza aborigen del Japón, muy poco conocida y estudiada.

Los ainus carecen de lenguaje escrito y tradiciones, ignorando lo que aconteció en épocas remotas. Los japoneses conquistaron el país y arrojaron á los ainus á las más frías é inhospitalarias regiones, emigrando una gran parte de los primitivos pobladores á las Kuriles y á la Rusia Asiática.

Nótanse los hombres por el extraordinario crecimiento de su cabello, que cubre sus cuerpos, así como por la longitud desmesurada de sus barbas. Las mujeres, bastante agraciadas, son muy codiciadas por los japoneses como esposas, pero practican aun la costumbre de tatuar sus labios, imitando bigotes. Este tatuaje se verifica por grados, requiriéndose casi un año para que el bigote resulte figurado.

Los vestidos, las habitaciones y la religión de los ainus son muy rudimentarios. Aunque los trajes no carecen de gracia, están confeccionados casi exclusivamente con cortezas de árboles, convenientemente preparadas y teñidas con sustancias vegetales. Las chozas, de troncos con cubierta de paja y la puerta como única abertura, satisfacen la principal necesidad de los habitantes, que es la de resguardarse contra la crudeza del largo y duro invierno.

La principal ceremonia del año es la gran fiesta del oso, que se celebra en Septiembre y Octubre. El oso es objeto de universal adoración y tenido como uno de los más eminentes dioses tutelares. Durante un año ó más, el oseño que ha de ser sacrificado, es atendido y mimado por la familia que celebra la fiesta, dándole á comer los más

delicados manjares. Algunas semanas antes de la ceremonia, el jefe de la familia invita á todos sus parientes y amigos, que van llegando vistiendo sus mejores trajes, y pasan acto seguido á visitar al oso. Todos congregados y luego de lavarse la cara y las manos—una de las dos únicas ocasiones en que tiene lugar esta práctica, siendo la otra en los funerales—se reúnen en el interior de la vivienda, comenzando las libaciones del saké, bebida fermentada; uno de los comensales advierte entonces cariñosamente al oso, que va á ser sacrificado, le ruega que salude á los dioses y le pide que le perdone. Sacado el oso de la jaula, se le deja en libertad, formando círculo al rededor de él los hombres, que le disparan despiadadamente sus dardos y flechas. Después se reanudan las libaciones, se pasa una pértiga bajo la garganta del oso y otra sobre el cuello y se le estrangula poco á poco. Colocan alimentos junto al cadáver, y los tragos de saké no terminan sino cuando todos los concurrentes caen embriagados y rendidos por la danza y la bebida. Más tarde se degüella al oso y su cabeza, en lo alto de una pértiga, se alza en el sitio de honor de la casa para que proteja á los habitantes.

Los ainus no tienen ambiciones y no han introducido en sus costumbres los progresos de sus vecinos, los japoneses. Son unos 16.000 y se alimentan de la caza y pesca y de raíces vegetales. La captura y muerte de los osos es una de sus ocupaciones favoritas, valiéndose á menudo de flechas envenenadas, á pesar de las medidas restrictivas tomadas por los japoneses. Los descendientes de ese pueblo primitivo, no tienen participación alguna en el gobierno del país; los dominadores los han abandonado á sí mismos, esperando que se extingan lentamente.



Imp. CASTILLO

La Guerra Ruso Japonesa

SUMARIO: Las potencias ante el conflicto ruso-japonés.—El primer teatro de la guerra.—Las escuadras de las grandes potencias, en los mares de la China.—La caballería rusa.—El general Terauchi, Ministro de la Guerra del Japón.—El general Grodekoff.—El torpedo Schwartzkopff.—Crónica de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



Métodos de guerra japoneses:

Decapitación de chinos, en la época de la sublevación de los boxers, en 1900

LAS POTENCIAS

ANTE EL CONFLICTO RUSO-JAPONÉS

Poco ha variado la situación política en la última semana. Si bien el horizonte ha tendido á despejarse en Europa, en cambio en Asia se oscurece cada vez más.

A consecuencia de la comunicación que el gobierno ruso dirigió al británico, dando las gracias por la buena acogida de que

fueron objeto en el *Talbot* los tripulantes del *Variag*, parecen haberse suavizado las relaciones entre ambas potencias, declarando Inglaterra, otra vez, su firme propósito de mantener á todo trance su neutralidad. El giro, más favorable á los rusos, que en los últimos días ha tomado la guerra, ha producido visible disgusto en los ingleses, cuyos periódicos han arreciado, aunque de un modo cortés, su campaña

contra Rusia. El lenguaje que emplea el gobierno es incoloro y poco expresivo, y nada se puede conjeturar acerca de sus intenciones de momento, por más que cabe afirmar que la Gran Bretaña intervendrá solamente en el caso de que se vea claro el resultado de la guerra y tenga muchas probabilidades de salir ganando si interviene. No obstante saberse positivamente que los cruceros *Kasuga* y *Nisshin*, comprados por el Mikado á la casa Ansaldo, de Génova, fueron conducidos al Japón, por marineros ingleses, á los que los orientales tributaron un entusiasta recibimiento; lord Selborne, en la Cámara de los Lores, contestando á varias preguntas del conde Spencer, dijo: «Se ha dicho que los cruceros comprados por el Japón á la Argentina, partieron de Génova amparados por el pabellón británico, pero no hay una palabra de verdad en todo esto; la petición formulada al Cónsul para que dejara flotar la bandera inglesa en los cruceros, fué inmediatamente rechazada. También se ha dicho que el Almirantazgo nombró á dos oficiales para que, como capitanes, condujeran aquellos barcos al Japón: tampoco hay una palabra de verdad en esa afirmación.»

La actividad y serenidad de que está dando Rusia pruebas elocuentes, y, más que nada, la concentración de fuerzas moscovitas importantes en el Turkestan ruso, junto á la frontera, han influido sin duda para que el Gobierno británico guarde una actitud más correcta y prudente que al principio.

El reciente viaje á San Petersburgo del embajador ruso en Londres, parece que ha suavizado algo las relaciones oficiales entre los dos países. Pero la prensa ha iniciado una campaña que merece llamar la atención. Los periódicos exaltados rusos, y á su cabeza el *Novoie Vrensiá*, continúan expresándose en términos violentos contra Inglaterra, mientras que los más templados, como el *Novosti*, escriben razonados artículos demostrando que el triunfo de los japoneses tendría consecuencias más funestas para Inglaterra que el de los rusos. La derrota de éstos iría aparejada con el aumento de influencia de Alemania, Estados Unidos y Japón, que cerrarían á la Gran Bretaña la esfera de la influencia en el Asia Oriental. Que esos periódicos tienen

razón, no es posible dudarlo; como también es cierto que la derrota de Rusia no le quitaría ni un átomo de su poder, y sólo daría por resultado el retardar la realización de sus proyectos en Asia; mientras que el triunfo de los japoneses pondría en escena, y en uno de los primeros puestos, á una nación ambiciosa y joven, con la que tendrían que habérselas las potencias europeas. Cuantas más sean para el reparto, á menos tocará y más fácil será una desaveniencia; pero todo esto que está al alcance de cualquiera, no puede sobreponerse á los sentimientos populares, ni siempre la diplomacia sigue el rumbo más corto y preciso.

A la vez que en Rusia va abriéndose paso el buen sentido y gana terreno la moderación, los diarios ingleses procuran captarse las simpatías de Francia. Columnas enteras vienen dedicadas á recordar los agravios inferidos por Alemania al orgullo nacional francés, y pintan con elocuentes frases el triste de porvenir de Francia derrotada, teniendo por vecino el coloso germano; á la vez, se pondera el poderío inglés y se enumeran las ventajas de una cordial inteligencia entre Francia y la Gran Bretaña.

Coincidiendo con esta campaña, el gobierno francés se muestra cada día partidario más resuelto de la paz. Sólo la prensa nacionalista prosigue su tarea belicosa. Leyendo los periódicos franceses, se comprende que en el ánimo de nuestros vecinos riñen encarnizada lucha el odio secular á Inglaterra y el amor propio ofendido por Alemania. Si las cosas no toman un sesgo inesperado, no será Francia quien disparará el primer tiro.

La importancia de Alemania, que se mantiene en actitud correcta y conserva la serenidad, se acrecienta por momentos, y de su futura actitud depende que las grandes Potencias continúen, siquiera superficialmente, en el acuerdo actual. Merece señalarse el hecho de haber enviado el Kaiser al Czar las insignias del Regimiento de Alejandro, de que el Emperador de Rusia es coronel honorario, pues aunque el acto se ha limitado á lo oficial y corriente en estos casos, la ocasión en que ha tenido lugar, denota que hay entre ambos imperios armonía de miras, más que trivial acuerdo. Por su parte, los rusos han agasajado y

colmado de atenciones á los dos enviados militares, que Alemania ha designado para que sigan el curso de las operaciones en Oriente, lo que no puede menos de halagar el patriotismo alemán, vinculado en su ejército.

Los Estados Unidos continúan su política de discordia, á pesar de los esfuerzos del embajador ruso en Wasingthon; la verdad es, que los anglo-americanos son los que resultarían más favorecidos si sobreviniera un conflicto general. En el Parlamento se discute con ardor la conveniencia de aumentar el poderío naval, habiendo adquirido cuerpo el proyecto de reforzar la flotilla de torpederos y destructores, así como el de construir uno ó dos barcos ambulancias.

El mayor peligro sigue residiendo en Asia.

La Corea, virtualmente en manos de los japoneses, se ha debido doblegar á las exigencias del Mikado, y mostrarse dócil y dispuesta á secundar los planes del invasor. Descartada esa península, como la Mandchuria, de los territorios cuya neutralidad han proclamado las Potencias, no cabe invocar su intervención más ó menos activa en la guerra, como causa de que entren en acción los aliados de los beligerantes. Entre tanto, el Japón ha nombrado representantes oficiales en Seúl, que ejercen una verdadera tutela sobre el emperador de la Corea, y no ocultan su propósito de asumir la soberanía del país.

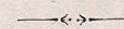
Por su importancia, reproducimos integro el convenio firmado en Seúl, el 23 de Febrero, entre Japón y Corea: 1.º Con objeto de mantener una amistad sólida y permanente entre Japón y Corea, y establecer una paz duradera en el Extremo Oriente, el Gobierno de Corea concede su absoluta confianza al del Japón y seguirá los consejos de éste, en cuanto se refiere á la reforma de la Administración coreana.—2.º El gobierno del Japón, llevado de un espíritu de firme amistad, garantiza la seguridad de la familia imperial de Corea.—3.º El gobierno del Japón garantiza también la independencia é integridad territorial del imperio de Corea.—4.º Si la familia imperial ó la integridad del territorio de Corea fuesen amenazados por una tercera potencia ó por disturbios interiores, el Gobierno del Japón

adoptará al punto las medidas aconsejadas por las circunstancias, y en tal caso el gobierno coreano dará toda suerte de facilidades para ayudar al gobierno del Japón. Este último gobierno puede, para dar cumplimiento á esta cláusula, ocupar la plazas que conceptúe necesarias, desde el punto de vista estratégico, y que las circunstancias aconsejen.—5.º Los gobiernos de los dos países no concertarán en lo sucesivo, sin consentimiento mútuo, tratados con otra Potencia, los cuales puedan resultar contrarios á los principios del presente protocolo.—6.º Los detalles para plantear los acuerdos de este protocolo, serán establecidos, con arreglo á las circunstancias, por los representantes del Japón y el Ministro de Negocios extranjeros de Corea». No hace falta añadir que el Ministro referido es hechura de los japoneses.

Seguramente no habrá nadie que desconozca el alcance real del protocolo anterior; llama en verdad la atención el hecho de que, á vuelta de subterfugios y ambigüedades, la diplomacia peque á menudo de candidez, ó, mejor dicho, que quienes rigen los destinos de las naciones aparenten dejarse engañar por vanas fórmulas que son los primeros en no darles crédito; así resultan tan deleznable las relaciones de amistad entre las Potencias.

Respondiendo á los trabajos diplomáticos del Japón, la cancillería rusa ha circulado una nota, que no se ha hecho pública, pero que es fácil presumir contenga una protesta y señale el propósito de quedar en completa libertad de acción, ya que los japoneses consideran la Corea como provincia de su pertenencia, sin que nadie haya formulado la menor reclamación.

De todo esto, lo único positivo es que cualquiera que sea el victorioso, Corea verá desaparecer su independencia: triste condición de las razas y pueblos débiles, destinados á satisfacer la voracidad de los poderosos.



EL PRIMER TEATRO DE LA GUERRA

El destino ha querido que el primer teatro de la guerra terrestre sea el «Reino de la mañana y de la tarde tranquilas», es decir, la península de Corea.



El Czar



La Czarina



General Stössel,
Jefe de las tropas rusas en el Yalú



General Tserpitzky,
Jefe de un cuerpo de ejército ruso



Almirante Togo,
Jefe de la escuadra japonesa que opera contra
Port-Arthur



Barón Kodama,
Jefe del ejército japonés de desembarco

De superficie algo menor que la de Italia, la Corea cuenta de N. á S. 900 kilómetros, y solo 140 de anchura en su parte más estrecha. Sus costas son por lo general acantiladas y desprovistas de bahías, sobre todo en el litoral del E., el más cercano al Japón; algunos puertos, como los de Lazarev y Gensan, son bastante buenos, pero se hielan durante el invierno, especialmente el último, haciéndose difícil el desembarque. Aun en la buena estación, es peligrosa y difícil la navegación á lo largo de la costa occidental, á causa de los innumerables islotes y las violentas mareas que se dejan sentir á muchos kilómetros de distancia.

De N. á S. corre una cadena montañosa, á unos 50 kilómetros del mar del Japón, dividiendo la Corea en dos grandes cuencas. En el punto culminante, Pak-tu-Sane, que se alza á 2.500 metros, nacen los tres ríos más importantes: Yalú, Sungari y Tumanegane. Excepto este último y el Naktone, todos los ríos que desaguan en el mar del Japón son poco importantes, y recorren valles encajonados entre los múltiples contrafuertes de la cadena principal. Los ríos que vierten en el mar Amarillo son más caudalosos, y el país que riegan más fértil y menos frágil, aunque presenta reales dificultades al paso de un ejército.

El Yalú, que sin duda gozará un importante papel en la guerra actual, sirve de frontera entre la Corea y la Mandchuria, y se desarrolla en una longitud de 500 kilómetros. Su anchura varía entre 200 y 700 metros, y presenta bastantes vados. En invierno se hielan casi por completo, permaneciendo así, de ordinario, hasta primeros de Abril, época en la que es bastante difícil el paso. Este río cruza una comarca favorable á la defensiva, por su carácter quebrado y montañoso y la abundancia de bosques.

Los pocos caminos que hay en la Corea son malos y poco entretenidos; en la primavera y el invierno suelen ponerse intransitables, siendo difícil y lento el transporte de material pesado. La infantería y la caballería en partidas ligeras pueden moverse con relativa facilidad, de modo que la península es un país poco á propósito para las operaciones de un ejército numeroso, prestándose en cambio á la guerra en pequeña escala.

La Corea es esencialmente agrícola, estando muy desarrollado el cultivo de cereales. Abunda mucho el arroz, pero escasean los pastos de toda clase y, como consecuencia, también el ganado. Las industrias, muy rudimentarias, están en manos de rusos y japoneses, explotando los naturales la pesca marítima y fluvial.

No hay otra vía férrea que la que une Seúl con Chemulpo; parece que los japoneses tratan de activar la construcción de otra línea, que partiendo de Fusán, en el litoral del S., se dirija á Seúl, y empalme luego,



Artillería rusa de la Mandchuria con uniforme de pieles